

O'Henry y el culto al relato de final sorprendente

- La editorial Barataria presenta 'Esto no es un cuento y otros cuentos'

Álvaro Cortina | Madrid

Actualizado **viernes 27/02/2009 11:20 horas**

Es sabido que el final de un relato es tan fundamental como el inicio. Los escritores de relatos, que son como corredores de cien metros, aceleran al principio y en la conclusión. Se trata de manosear las terminaciones nerviosas del lector con economía de tiempo. Muchos se han centrado en las últimas líneas para sembrar desconciertos. O'Henry fue un cultivador de esta técnica ('trick story' la llaman).

La editorial Barataria ha sacado al mercado 'Esto no es un cuento y otros cuentos', 12 narraciones de final sorpresivo del autor, muy famoso en Estados Unidos. La inmortalidad también tiene sus azares. En América O'Henry (seudónimo de William Sidney Porter) es un "imprescindible", en España no tanto. Aunque habría que ver la atención que prestan allí a Valle o a Luis Martín Santos. Es inevitable, cada acervo tiene sus 'totems'.

Nueva York, a principios de siglo XX (léase 'La edad de la inocencia', o véase la adaptación al cine). Esa ciudad con accesos de luciérnaga acogía barcos cargados de generaciones y generaciones de inmigrantes, y las **imprentas de los periódicos** eran como un tren que humea y silba.

Como Twain o Poe, O'Henry adquiriría fama junto a esos artefactos de actualidad, su firma lucía en los quioscos. Sus cuentos ('Esto no es un cuento', por ejemplo) dulcificaron la rutina de oficinistas, lecheros, carteros y amas de casa.

Son historietas de vocación ecuménica, universal. Hay dramas **chico y chica, y algo de misterio**. El protagonista, por poner un ejemplo, se topa con un mendigo (epígono de lo underground) y éste le cuenta una historia. Después, el final añade a lo anterior una apariencia de paradoja o de engaño, de inocentada. 'Elevado pragmatismo' y 'El hombre a la espera' tienen de ambas cosas.

Escritor empático

Hay mucha amable **empatía** hacia sus contemporáneos. Abunda O'Henry en los lugares comunes, en lo local de Nueva York, cuando todavía era local y no escaparate y rumoroso cronómetro del mundo. Él va a lo doméstico. En verano la urbe es un "horno de pan descomunal" y un hombre "engalanado como una orquídea de invernadero" tiene un lío amoroso aún candente bajo el sombrero. Lo pernicioso y el enredo acechan, a veces hasta impera la aventura.

También hay cuentos sobre el Sur, el **aristocrático, traumático y pretérito Sur** (algo exótico para esa pira del progreso que era y es Nueva York). 'Los dos Carteret', 'The rose of Dixie', ejemplifican esta temática del señorito, socorrida en ese tipo de publicaciones como lo eran los lords en Inglaterra.

Los productos populares se nutren en gran medida de la **clase pudiente**, como una asombrosa ventana al despilfarro o a la honorabilidad. 30 años después, con la Depresión, el nuevo invento de masas, el cine, se llenaría de enredos de ricos y burbujas de champán del caro, que descansan de Nueva York en su chalecito de Connecticut (lo que se llama 'screwball comedy').

O'Henry luce ingenio pero conservando el **estilo directo, la primera persona**, la brevedad como una columna de ficción. También hay quien pueda pensar que se trata de una literatura un tanto envejecida o pacata. "Imprescindible" o no, se puede ver estas obritas como un hallazgo de las letras adosado al periodismo (que va había sido vehículo de narrativas a lo largo del XIX)